

# La escuela como CIUDAD

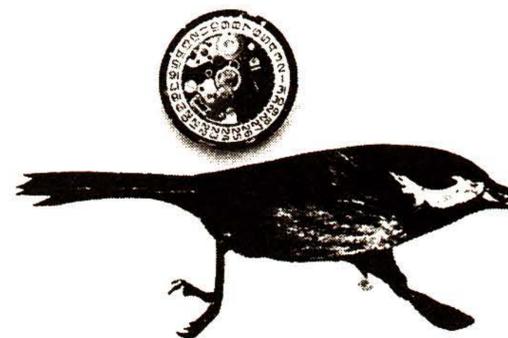
Alberto Saldarriaga Roa



¿Puede la ciudad como estructura física enseñar algo al futuro ciudadano? ¿Es la vida urbana una escuela? ¿Puede la enseñanza formal aportar algo a la ciudad y a la vida urbana? Estos y otros interrogantes surgen en el intento por describir, en un texto breve, algunas de las relaciones existentes y posibles entre la ciudad y la “escuela”, entendida ésta como todo el sistema de escolaridad que

ocupa a la persona desde su infancia hasta su edad adulta, o, como la definiera Ivan Illich, “el proceso total de atención a un curriculum obligatorio, relacionado con maestros y determinado por edades”.<sup>1</sup>

El “ciudadano” es, por definición, un ser educado para entender la ciudad, para habitarla y para interactuar de diversas maneras con otros ciudadanos en aquello que se llama “vida urbana”. Una parte importante de la educación del ciudadano no se localiza en ese curriculum obligatorio, más aún, a veces ni siquiera se propone como tema propio de la educación formal.



1. Illich, Ivan. *Deschooling Society*. Harrow Books, New York, 1972.

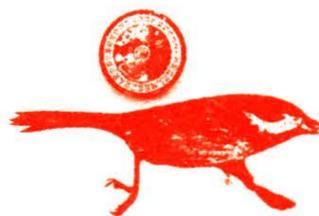
La ciudad  
como ESCUELA

La experiencia cotidiana de la vida familiar, de la vida escolar y de la vida urbana “enseñan” muchas de las actitudes e inculcan muchos de los valores que caracterizan a los habitantes de una ciudad. La educación formal presupone que sus contenidos contribuyen a esa formación, sin necesariamente verificar ese supuesto.

Una de las experiencias vitales de la infancia es el reconocimiento del entorno. A partir de esa experiencia se construye el entendimiento temprano de la

ciudad y se desarrollan los sentidos de seguridad (o inseguridad), confianza (o desconfianza) y aprecio (o desprecio) por la ciudad. La experiencia combina componentes positivos y negativos en diversa proporción, de acuerdo con las condiciones en las que la persona crece, con las características de la vida urbana en que se integra y con la forma como esa experiencia es orientada por otros, sean ellos los padres, los maestros u otras personas influyentes. La educación formal trabaja usualmente sobre un ciudadano cuya formación se lleva a cabo fuera de las aulas y puede reforzar, neutrali-





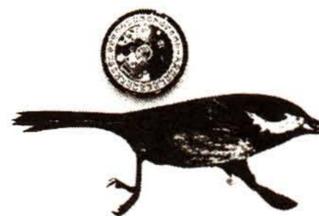
zar u ofrecer alternativas de entendimiento a aquello que se adquiere a través de la experiencia directa. Los educadores pueden así contribuir a fortalecer esos sentidos de confianza, seguridad y aprecio por la ciudad, siempre y cuando ellos mismos los posean.

22

La experiencia del espacio público desempeña un papel muy importante en la formación del futuro ciudadano como parte de la construcción y valoración del sentido de lo público. A través de la experiencia del espacio público se percibe la ciudad como un lugar amable o agresivo, como un espacio de libertad o, por el contrario, de restricciones y vetos. La mirada a la ciudad a través del recorrido, la permanencia y el disfrute del espacio público da lugar al establecimiento de una relación de empatía con el entorno urbano,

traducible en la confianza, la seguridad y el aprecio deseables en el ciudadano.

El espacio público es naturaleza —bosque, parque— y arquitectura —calle y plaza—. El sentido lúdico del parque se complementa con el sentido cívico de la calle y la plaza. Disfrutar la ciudad quiere decir apropiarse placenteramente de la naturaleza y de la arquitectura dentro de un espíritu de respeto. Esto se adquiere viviendo esa experiencia sin prejuicios ni temores. La orientación de la experiencia infantil permite estimular la mirada abierta y des-



prevenida a la ciudad con las necesarias prevenciones y cuidados requeridos por la infancia.

Asociada directamente al sentido de lo público está la necesidad de movilidad en la ciudad y ésta se traduce directamente en la relación del futuro ciudadano con los medios de transporte de que dispone para desplazarse en la ciudad y especialmente con el transporte público. Las facilidades u obstáculos para movilizarse contribuyen a afirmar o reducir el sentido de libertad de la persona, con los componentes ya mencionados de confianza, seguridad y aprecio por la ciudad. Es diferente el sentido de apropiación de quien se siente con posibilidad de utilizar un sistema eficiente y seguro de transporte público de aquel que se ve obligado a desplazarse únicamente en un automóvil privado, a pesar del aparente privilegio que esto pueda ofrecer. Lo público es un dominio social y de interacción entre ciudadanos. El automóvil

privado segrega y reduce esa interacción al roce, poco amigable, entre vehículos.

Caminar, curiosamente, no figura usualmente entre los medios de transporte propios de una ciudad. Hoy puede ser considerado necesidad, salud o deporte, pero se ha olvidado como una de las maneras potencialmente más agradables de ir de un sitio a otro, guardadas claro está las distancias del caso. Un ciudadano que camina no sólo va —de un sitio a otro— sino que percibe la ciudad a su escala de peatón, se encuentra con desconocidos, siente la textura de la arquitectura. El “enseñar a caminar” en la ciudad permite que el futuro ciudadano se dé cuenta de que puede mover-

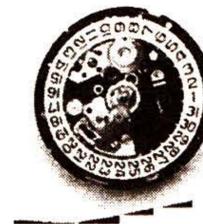


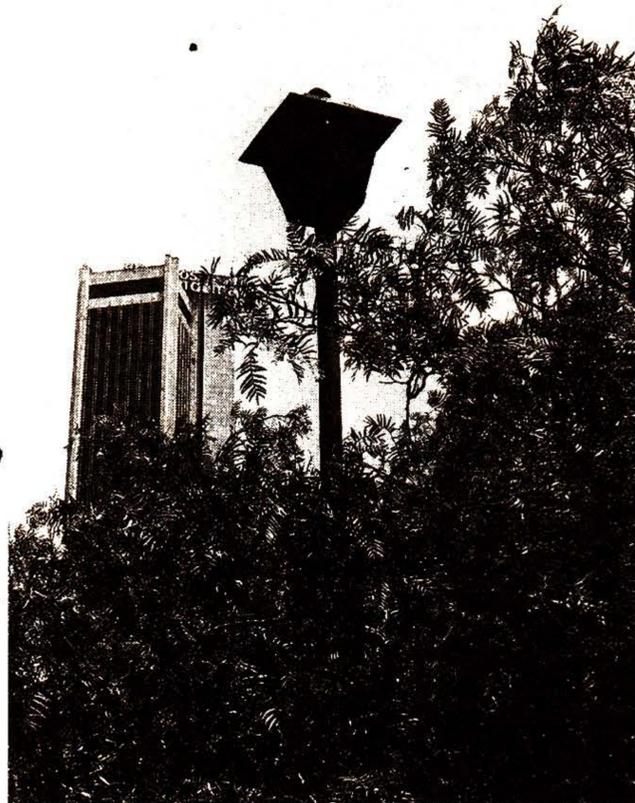
se por sí mismo, con las restricciones y cuidados que su edad requieren.

La ciudad como estructura física es un “texto” en el que se pueden leer la historia, la memoria y los modos de habitar. El proceso de aprender a leer la ciudad se inicia desde muy temprano y puede ser interminable, pues siempre se encontrarán nuevos elementos, nuevos matices, nuevas interpretaciones. El aprecio por la ciudad se construye con base en esa lectura, en la que los significados de los espacios y de los edificios cobran valores diferentes en la medida en la que el ciudadano se desarrolla como persona pen-

sante. El “habitar” no consiste únicamente en residir en un lugar, sino en entenderlo y darle significado personal.

La lectura temprana de la ciudad, orientada debidamente, conduce a dotar de un sentido “histórico” a la vida urbana. El saberse parte de una ciudad que alberga y valora recintos del pasado, el saberse parte de una memoria urbana, el asociar las imágenes de los espacios con la historia y la memoria de la ciudad, contribuye a formar en el ciudadano el sentido de aprecio por su ciudad. Desarrolla, además, una apreciación estética, sensible, de los espacios urba-





24

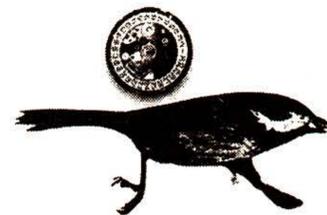
nos y de sus edificaciones. El disfrute de la ciudad aprovecha esa valoración estética como parte del sentido lúdico de la vivencia cotidiana.

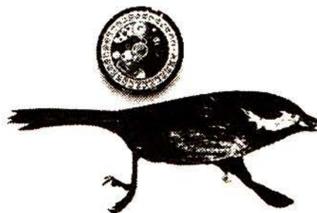
El entendimiento de los modos de habitar hace parte de esa formación “informal” del futuro ciudadano. Ese entendimiento se elabora a partir del propio modo de habitar de la persona y contiene por una parte la valoración o el rechazo a ese modo y por otra la formación temprana de expectativas acerca de un mejor modo futuro de habitar. Los modos de habitar la ciudad son diferentes, tiene que ver con las condiciones urbanísticas y arquitectónicas de

las viviendas, con lo que ofrece la ciudad como apoyo a la existencia cotidiana, con lo que se tenga como imagen de un “buen vivir”. Es difícil evaluar la propia experiencia habitacional sin compararla con los modelos que se exhiben como ideales para ese bienestar. La satisfacción no deriva únicamente de un presente aceptable, requiere una proyección de ese presente hacia el futuro. La satisfacción o insatisfacción familiar se traduce en la formación temprana de una conciencia habitacional que incluye necesariamente todo lo que la ciudad ofrece como complemento de la vivienda: lugares para el deporte, para el conocimiento, para la medita-

ción, amén de aquellos servicios sociales que, a fines del siglo XX son parte de una sociedad organizada: salud, seguridad social, comunicaciones, etc.

La calidad de la vivienda y de su dotación, la calidad del barrio y de su equipamiento, la calidad de la ciudad y sus servicios comunales, todo ello incide en la formación de la noción de habitar en el futuro ciudadano, aparte, como ya se dijo, de las comparaciones inevitables con la manera como otros viven, como otros se apropian de la ciudad. En una sociedad ba-





sada en la competencia, la noción de habitar está sujeta a toda suerte de presiones e influencias que pueden conducir a una perpetua insatisfacción.

La experiencia urbana en una ciudad como Bogotá es difícil y está rodeada de circunstancias de agresividad y de violencia. La actitud de la mayoría de los bogotanos, al proyectarse en la formación de futuros ciudadanos, puede perpetuar los sentimientos de desconfianza, inseguridad y desprecio por la ciudad que actualmente prosperan. De ahí la importancia de “educar” a los ciudadanos para que ellos a su vez transmitan sentimientos más positivos a sus descendientes. Lo anterior conduciría fácilmente a una conclusión de tipo fatalista: una buena ciudadanía forma buenos ciudadanos y una ciudadanía deficiente o insatisfecha propaga sus sentimientos a las nuevas generacio-

nes. De ahí la importancia de trabajar con la ciudadanía del presente como una manera de influir en el futuro de la ciudad.

Como se ha planteado previamente, muchas de las cosas mencionadas no se aprenden en la escuela, son parte del aprendizaje del ciudadano como ser social y como partícipe de una cultura. La escuela, como tal, puede beneficiarse o perjudicarse con los resultados de ese aprendizaje, puede apoyar la formación ciudadana o puede desentenderse de ella. Para apoyarla no es sólo necesario incluir asignaturas que lleven títulos como el de la antigua “educación cívica”. También es posible proponer maneras innovadoras de conducir al niño y al adolescente hacia un entendimiento mejor de la condición del ser ciudadano, de sus derechos y deberes y, sobre todo, de su responsabilidad con la ciudad.

